

HISTORIAS FABULOSAS: UN ASPECTO DE LA CONSTRUCCIÓN DE LA DIVINIDAD DE LOS EMPERADORES ROMANOS*

Fernando Lozano
Universidad de Sevilla

Este artículo presenta las historias fabulosas que se transmitieron a propósito de los emperadores romanos como una forma alternativa a la consagración oficial para construir la divinidad de los Césares. Los emperadores en Roma fueron divinizados mediante un decreto sagrado del Senado. De forma complementaria, la opinión de los romanos fue modelada mediante la creación y difusión de una mitología que sustentaba la idea de que los Césares estuvieron dotados de características que los separaban del resto de los mortales. Se presenta, primero, una reflexión sobre las historias fabulosas que circulaban sobre Augusto para defender, a continuación, que el mismo procedimiento siguió en vigor durante todo el Principado. Por último, se relaciona la mitología imperial con el fenómeno de los “hombres divinos” y se muestra que el procedimiento empleado con los emperadores fue análogo al utilizado con estas figuras. La principal diferencia entre ambos grupos radicó en el contenido del mensaje que transmitían, aunque la construcción mitológica fue muy parecida.

This paper explores the fabulous stories that were told regarding Roman emperors as an alternative mean to the oficial construction of the divinity of Roman rulers. Emperors were divinised in Rome by means of a sacred decree of the Senate. However, the opinion of the romans was modelled by the creation and diffusion of an Imperial mythology. Its main aim was to substain the idea that the Caesars had characteristics that set them apart from the rest of humankind. Firstly, the paper presents the stories that were told about Augustus and it, then, argues that the same procedure, namely, the story-telling of fabulous stories regarding emperors, endured during the rest of the Principate. Lastly, the paper presents arguments to substain the idea that Imperial mythology was devised in the same lines as the mythology used to construct the *Theios Aner*. The main different between both groups was the political and social ideas that they supported.

* Este trabajo se enmarca dentro de las conclusiones del Proyecto de Investigación HUM-454, financiado por la Junta de Andalucía.

La adoración de los emperadores romanos es un fenómeno complejo y susceptible de numerosas aproximaciones distintas. En este artículo se presentan las historias fabulosas que se transmitieron sobre los Césares como un argumento más dentro de lo que se ha denominado tradicionalmente en el discurso académico el culto imperial. Se sugiere que este conjunto de historias, esta mitología imperial, fue de la mano de los procedimientos oficiales para la divinización de los gobernantes. Los métodos oficiales a los que se hace referencia fueron las leyes y los decretos sagrados que concedían a un personaje la categoría de divinidad. En Roma la institución con capacidad para otorgar dicho estado fue el Senado. Y fue ese órgano, comenzando con Julio César y Augusto, el que sancionó oficialmente la apoteosis imperial¹.

La idea que quiero defender en este artículo es que la mitología imperial sustentó y facilitó esta sanción de carácter oficial. De esta forma, siguiendo a Suetonio, se puede afirmar que al morir César “con cincuenta y seis años se le incluyó entre los dioses, no sólo por decreto, sino también por la creencia del pueblo”. Pretendo mostrar que en la conformación concreta de esta creencia tuvieron mucha importancia el conjunto de narraciones maravillosas que se contaban acerca del gobernante².

HISTORIAS FABULOSAS: LA CREACIÓN DE UNA MITOLOGÍA IMPERIAL

Suetonio se hace eco de una historia fabulosa según la cual la madre del futuro emperador Augusto yació con Apolo que se le presentó de noche en forma de serpiente:

En la obra de Asclepiades de Mendes titulada *Discusiones sobre los dioses* leo que Acia [la madre de Augusto] acudió a media noche a una ceremonia solemne en honor de Apolo y que hizo depositar su litera dentro del templo, quedándose luego dormida mientras las demás matronas regresaban a casa; de pronto, se deslizó hasta ella una serpiente que se retiró poco después; al despertar, se purificó como si hubiese yacido con su marido, y al punto apareció en su cuerpo una mancha con figura de serpiente que no pudo borrar jamás y que la obligó a renunciar para siempre a los baños públicos; nueve meses más tarde nació Augusto, y por este motivo se le consideró hijo de Apolo³.

¹ La bibliografía sobre el culto imperial es muy extensa. Véase, por conveniencia: S. Price, *Rituals and Power. The Roman imperial cult in Asia Minor* (Cambridge 1984); M. Clauss, *Kaiser und Gott: Herrscherkult im Römischen Reich* (Stuttgart-Leipzig 1999), y D. Fishwick, *The Imperial Cult in the Latin West* (Leiden 1987-2004). Sobre la ceremonia de divinización en Roma, consúltese: J. Arce, *Funus imperatorum. Los funerales de los emperadores romanos* (Madrid 1988), y S. Price, “From Noble Funerals to Divine Cult: the Consecration of Roman Emperors”, D. Cannadine, S. Price (eds.), *Rituals of Royalty: Power and Ceremonial in Traditional Societies* (Cambridge 1987) 56-105.

² Suet. *Caes.* 88.

³ La cita en Suet. *Aug.* 94.3-4; cf. D.C. 45.1.2. Una explicación más detallada del sueño y su significado en R. Lorsch, “Augustus’ Conception and the Heroic Tradition”, *Latomus* 56 (1997)

Augusto contó, además, con otros antecesores divinos, puesto que el clan de los Julios al que pertenecía se consideraba descendiente de Venus a través del fundador de la familia, Julio-Ascanio, hijo o nieto del mítico Eneas que fue concebido por Anquises y la diosa. Al igual que Venus, Marte se emparentó con la familia, aunque esta relación fue menos explotada por los Julios. La inclusión del dios de la guerra en la familia se realizó gracias a la unión del clan con los reyes de Alba Longa, ciudad vecina a Roma que había sido fundada por Julio-Ascanio. Entre estos reyes se contaba Rómulo que fue concebido por una sacerdotisa de Vesta violada por Marte. Como Rómulo era a su vez descendiente de Eneas, los Julios podían también reclamar al dios entre sus antepasados:

La familia de mi tía Julia desciende por parte de madre de los reyes y por parte de padre [la rama Julia] desciende de los dioses inmortales, ya que los *Marcii Reges* [el nombre de la familia de la madre] se remontan a Anco Marcio, y los Julios, familia de la que somos una rama, de Venus. Nuestra familia goza, por lo tanto, a la vez de la santidad de los reyes, cuyo poder es supremo entre los hombres, y de la reverencia de los dioses, que someten a su autoridad a los reyes.

La maravillosa concepción que recoge Suetonio culminaba, pues, la legendaria genealogía del primero de los emperadores romanos⁴. Pero no sólo su

790-799 y R. Lorsch, "The Propaganda of Omens: Six dreams involving Augustus", R. Lorsch, J. Isager, *Divination and Portents in the Roman World* (Odense 2000) 43-55, con cuyas conclusiones no estoy, sin embargo, completamente de acuerdo, sobre todo cuando indica que el mito del nacimiento de Augusto tuvo especial interés en el Este y, en concreto, en Egipto. Su afirmación reduce demasiado el valor de la leyenda y se basa en una rígida separación entre Oriente y Occidente. La inclusión del relato en Suetonio lo convierte en un producto para los romanos (y los latinohablantes en general), independientemente de cuándo se creara. Las noticias sobre el nacimiento de Augusto se basan sin duda en el mito del nacimiento de Alejandro Magno, puesto que las concomitancias y paralelos entre ambas historias son claras; véanse: Lucianus, *Alex.* 7 y *DMort.* 13; Paus. 4.14.4-7, y Plut. *Alex.* 2.4-3.2.

⁴ Sobre la descendencia divina de César véase el completo trabajo de S. Weinstock, *Divus Julius* (Oxford 1971) 4 y ss. y 80 y ss. A Venus consagró Julio César el templo en su advocación de *Genetrix*; véase para su relación con la diosa: S. Weinstock, *Divus...*, 83-87. El templo se encuentra situado en el foro de César en Roma: C. Amici, *Il foro di Cesare* (Roma 1991). La asociación a la divinidad mediante la creación de genealogías divinas fue un procedimiento común entre las familias nobles del final de la República que buscaban justificar su preeminencia social y política a través de la relación directa con los dioses patrios. La relación de los Julios con Venus se enmarca, por lo tanto, dentro de las prácticas habituales de los clanes oligárquicos romanos; así, los Fabios y los Antonios se consideraban descendientes de Hércules; los Memios de Venus, y los Vitelios de Fauno: S. Weinstock, *Divus...*, 4 y n. 1. La construcción de la familia de Augusto con fines propagandísticos y religiosos tiene su expresión material más clara en el conjunto arquitectónico del Foro de Augusto en Roma, denominado Foro de *Mars Ultor* (Marte Vengador); véase por conveniencia M. Beard, J. North, S. Price, *Religions of Rome* (Cambridge 1998) II 80-83, que incluye la bibliografía más importante, entre la que cabe destacar el trabajo de P. Zanker, *Forum Augustum. Das Bildprogramm* (Tübingen 1968).

ascendencia divina, sino también el propio nacimiento de Augusto se acompañó de portentosos sucesos que anunciaban su futuro. Las señales eran tan claras y presagiaban un devenir tan poco halagüeño para los senadores que la Curia pensó en eliminar a todos los recién nacidos; sin embargo, las mujeres embarazadas consiguieron que el decreto no llegara a efecto puesto que cada una pensaba que el niño que tenían en su vientre sería el elegido. El Moisés romano evitó, pues, el destino que le habían preparado los oligarcas y desde muy pronto comenzó a hacer buenos los presagios. Así, durante su infancia el joven Octavio realizó hazañas maravillosas como cuando hizo callar a las ranas de una charca que lo molestaban con su croar. De la misma forma, también un águila, con toda la simbología que se atribuía a este animal en la Antigüedad, pareció darse cuenta del poder del pequeño cuando tras quitarle un pedazo de pan de las manos y subir al cielo con él, volvió contrita a su lado para devolverle el botín⁵.

Pero los presagios más importantes fueron los sueños que tuvieron tanto sus padres, como otros senadores, en los que de una u otra forma los dioses les mostraron claramente que aquel joven Octavio sería algún día el rector del Senado⁶. Tal fue la importancia y veracidad que se atribuyó en su época a estos sucesos que, según señala Dion Casio, fueron éstos los que movieron al propio César a prestar atención al joven, formarlo en las disciplinas del gobierno para que pudiera estar a la altura de lo que presagiaba su futuro y, por último, señalarlo como principal heredero de su patrimonio⁷.

Su vida probó con creces que era el favorecido por los dioses, aunque fue su muerte la que concentró el mayor número de portentos. Se encontró especial-

⁵ El episodio de la muerte de los inocentes en Suet. *Aug.* 93.3. Augusto señor de las bestias en Suet. *Aug.* 94.10 (ranas) y 94.11 (águila). En general sobre los presagios relativos a Octavio véase el detallado estudio realizado por E. Bertrand-Ecanvil, "Présages et propagande idéologique: À propos d'une liste concernant Octavien Auguste", *MEFRA* 106 (1994) 487-531; resulta muy claro el anexo I en el que se comparan los textos de Dion Casio y Suetonio.

⁶ Los sueños y premoniciones de los padres de Octavio y de algunos senadores son: a) Sueño de los padres de Octavio: Atia soñó que sus entrañas subían al cielo y veían sobre toda la tierra, mientras que Octavio padre presenció mientras dormía cómo salían rayos de sol del interior del vientre de su mujer (Suet. *Aug.* 94.5, y D.C. 45.1.3); b) Vaticinio de Nigidio Figulo: el día en el que se debatía sobre la conjuración de Catilina el padre de Augusto llegó tarde a la Curia porque su mujer estaba dando a luz a Octavio. El senador preguntó el motivo y la hora del nacimiento para luego predecir por ello que había nacido el señor del universo (Suet. *Aug.* 94.6, y D.C. 45.1.3); c) Sueño del padre de Octavio: el futuro emperador se apareció en sueños a su padre dotado de una grandeza sobrehumana, portando los atributos de Júpiter Óptimo Máximo, con una corona de rayos y viajando en un carro tirado por doce caballos resplandecientes (Suet. *Aug.* 94.8). Y hay más sueños, como el de Cicerón (Suet. *Aug.* 94.14, y D.C. 45.2.1), y Catulo (Suet. *Aug.* 94.12, y D.C. 45.2.3).

⁷ La atención de César a Octavio por los portentos que rodeaban al joven en D.C. 45.2.7. En general para los presagios imperiales consúltese: M. Requena, *El emperador predestinado. Los presagios de poder en época imperial romana* (Madrid 2001), y A. Vigourt, *Les présages impériaux d'Auguste à Domitien* (Paris 2001).

mente significativo que poco antes de fallecer un rayo golpeará una de sus estatuas borrando la primera letra de su nombre. La destrucción de la letra C de *Caesar* se interpretó como los días de vida que le quedaban al emperador. Su destino, sin embargo, no sería el de un mortal cualquiera, al menos así se entendió que la nueva lectura de la inscripción comenzara con el nombre *Aesar* que significaba dios en etrusco. Según Suetonio, el suceso sugirió que Augusto subiría al cielo al cabo de cien días. Estas últimas jornadas del primero de los Césares en la tierra se vieron, pues, plagadas de acontecimientos que informaron del halagüeño futuro que esperaba al emperador. Y tras su muerte, un senador aseguró que su alma había subido al cielo. Augusto seguía así el camino trazado por su padre adoptivo a cuya muerte ocurrió, según Suetonio:

En efecto, durante los primeros juegos que su heredero Augusto ofreció en honor de César divinizado, un cometa, que surgía a la hora undécima, brilló durante siete días consecutivos y se divulgó la creencia de que era el alma de César a quien se le habían abierto las puertas del cielo. Éste es el motivo por el que en su efigie se le añade una estrella sobre su cabeza. Se acordó tapiar el salón de actos en que fue asesinado y dar a los idus de marzo el nombre de ‘día del parricidio’ y no convocar nunca el Senado en esta fecha⁸.

De esta forma, tanto el nacimiento como la muerte de Augusto -y en general de todos los emperadores, aunque con menos número de acontecimientos- estuvieron marcados por presagios. También tuvieron una mística particular algunos de los lugares en los que habían ocurrido sucesos relevantes relacionados con los Césares. Por ejemplo, la habitación en la que se suponía que había nacido Augusto en Roma le fue consagrada tras su muerte. Otra versión del nacimiento de Octavio defendía que había venido al mundo en la villa rural que tenía su abuelo cerca de Velitras. En esa mansión se mostraba todavía en época de Suetonio una pequeña estancia que se identificaba con la ocupada por Octavio de pequeño. Según el mismo autor, “nadie se aventura a entrar en esta habitación si no es por necesidad y sólo lo hacen después de haberse purificado, ya que desde hace mucho existe la creencia de que aquel que se acerca al cuarto sin ceremonia sufre temblores y un gran terror. Es más, recientemente se ha demostrado que esta creencia es cierta, pues cuando un nuevo dueño [...] se acostó en la habitación, sucedió que en pocas horas fue lanzado fuera por una fuerza repentina y misteriosa, y lo encontraron en ropas de dormir y medio muerto delante de la puerta”. Una historia parecida se contaba de los jardines en los que se quemó apresuradamente el cuerpo de Calígula tras su asesinato, en los que “los jardineros fueron acosados por fantasmas”, o la casa en la que se produjo el tiranicidio

⁸ El episodio de la estatua de Augusto en Suet. *Aug.* 97.2. Con otros portentos en Suet. *Aug.* 97.1 y ss. Subida al cielo del alma de Augusto en Suet. *Aug.* 100.4. César: Suet. *Caes.* 88.2-3.

en la que “no pasaba una noche sin que hubiera apariciones terroríficas, hasta que al final la casa fue destruida por el fuego”⁹.

Pero, además, el poder de César y Augusto se vio confirmado tras su muerte por sus apariciones póstumas. La preeminencia de los primeros emperadores se veía ratificada con ellas desde el más allá. De este modo, según relata Valerio Máximo, el Divino Julio se apareció a Casio en plena batalla de Filipos y cargó sobre él “majestuoso por encima de la naturaleza humana, vestido con la púrpura de los generales”. La presencia póstuma de César aterrizó al tiranicida que huyó a galope tendido, exclamando: “¿Que más puede hacer un hombre si el asesinato no es suficiente?”. El comentario del autor ante las palabras de Casio es definitivo: “No, Casio, no has matado a César, pues ninguna divinidad puede extinguirse”¹⁰.

Tras Augusto y César la construcción de una identidad divina para los emperadores posteriores se benefició del éxito de las construcciones mitológicas anteriores. De forma que los siguientes Césares, en especial los Julio-Claudios, pudieron apoyarse en las leyendas precedentes; el resto tuvo que dotarse de sus propias creaciones para acompañar a las ya existentes, como ilustra claramente el caso de Vespasiano. En julio del año 69 los legionarios del ejército oriental proclamaron emperador a su general, Tito Flavio Vespasiano. El nuevo César llegaba al poder desde una familia oscura y sin abolengo; pronto, no obstante, encontró el primero de los Flavios el refuerzo que necesitaba para consolidar su poder, al menos desde el punto de vista religioso. Según relata Suetonio:

Le faltaba todavía a Vespasiano la autoridad y, por así decir, la aureola de la majestad, pues era un emperador recién nombrado y su elección había sorprendido a todos; pero éstas tampoco se hicieron esperar. Un ciego y un cojo se le presentaron a un tiempo, cuando estaba sentado en su tribunal, y le pidieron su ayuda para curarles en la forma como en sueños les había sugerido Serapis: afirmaba el primero que recobraría la vista si Vespasiano le humedecía los ojos con saliva, y el segundo que su pierna recobraría el vigor si se dignaba tocarle con su pie. Vespasiano no creía en modo alguno en la eficacia de esta intervención y no osaba ni siquiera intentarlo; a la postre, no obstante, ante la insistencia de sus amigos, accedió a los deseos de ambos en presencia de una numerosa concurrencia y salió airoso de la prueba (Suet. *Vesp.* 7.2-3)¹¹.

⁹ La capilla consagrada en el supuesto lugar de nacimiento de Octavio en Roma en Suet. *Aug.* 5. La habitación encantada en la que había nacido Augusto en Suet. *Aug.* 6. Los sucesos relativos a Calígula en Suet. *Calig.* 59.

¹⁰ Val. Max. 1.8.8. El comentario final del autor es *non occideras tu quidem, Cassi, Caesarem, neque enim ulla exstingui divinitas potest*. Sobre el poder de los *divi* y la posibilidad de que prestaran ayuda a los vivos, la recopilación de fuentes más completa que conozco es D. Fishwick, “Votive Offerings to the Emperor?”, *ZPE* 80 (1990) 128, n. 27.

¹¹ Familia oscura: Suet. *Vesp.* 1.1. Los presagios sobre Vespasiano: Suet. *Vesp.* 5. El relato de la curación de Vespasiano en Suet. *Vesp.* 7.2 y ss. La versión más larga de este suceso en Tac. *Hist.* 4.81.1-3.

Todas estas construcciones legendarias en torno a los emperadores pueden ser desestimadas si se consideran creaciones falsas y posteriores a los sucesos que narran. También pueden tacharse, por supuesto, de inverosímiles y argüirse que nadie creería en ellas. Ahora bien, la consideración de que la mitología imperial decrece en valor dadas las limitaciones que genera el hecho de que el público receptor sea contemporáneo a su construcción, puede aplicarse en realidad a cualquier mitología que, sin embargo, no es infravalorada por los estudiosos. En consecuencia, el hecho de que la leyenda se cree con posterioridad a los sucesos y que, además, no haya ocurrido realmente no resta importancia a su función en las sociedades antiguas. La verdadera importancia no es tanto la veracidad de los sucesos como la información que transmiten y su aceptación por los habitantes del Mundo Antiguo. De la misma forma, la verdadera relevancia de los milagros de, por ejemplo, Jesús, Mani¹² o cualquiera de las otras figuras suprahumanas de la Antigüedad es la demostración de la divinidad de los personajes y la explicación de su mensaje trascendental¹³.

LA MITOLOGÍA IMPERIAL Y LOS HOMBRES DIVINOS

Como se indicó al principio, quiero destacar, por último, que las leyendas de los emperadores que aquí hemos ilustrado con el caso de Augusto, asumen el lenguaje común con el que se definieron los hombres divinos durante el Prin-

¹² Sobre Mani y su Iglesia véanse: H.-C. Puech, *Le Manichéisme* (Paris 1949); G. Widengren, *Mani und der Manichäismus* (Stuttgart 1961); S. N. C. Lieu, *Manichaeism in the Later Roman Empire and Medieval China* (Tubinga 1992) y *Manichaeism in Mesopotamia and the Roman East* (Leiden 1994), y, recientemente, K. Hopkins, *A World...*, cap. 7, apart. 4. G. Theissen, *The Historical Jesus* (London 1998). La bibliografía sobre el Jesús histórico y los milagros en el Cristianismo Primitivo es muy abundante. Véanse por conveniencia: G. Theissen, *The Historical Jesus* (London 1998) y *The Miracle Stories of the Early Christian Tradition* (Edinburgh 1983).

¹³ El término mitología tiene una semántica amplia. En el presente artículo se usa dicho concepto para referirse al conjunto de historias fabulosas relativas a dioses, héroes y otras entidades de la esfera religiosa. La inclusión del adjetivo “fabulosas” no es gratuita, pues indica que la mitología estudia hechos fantásticos, sucesos que necesitan de la intervención de lo sobrenatural para su sustento. De esta afirmación se desprende que la mitología es una parte fundamental de la religión. De este modo, las historias sobre Jesús, Buda o Mahoma son también mitología (cristiana, budista y musulmana, respectivamente) y, por ello, susceptibles de comparación con las leyendas de los dioses grecorromanos. He de señalar que sigo la explicación que ha realizado recientemente Hopkins sobre los milagros: “Mi definición de milagro es todo aquel relato maravilloso que sólo se puede explicar mediante la intervención de lo sobrenatural. El escéptico puede pensar en un principio que los milagros no ocurren; pero está equivocado. Por supuesto que ocurren... aunque, eso sí, sólo en un sentido especial. Los milagros ocurren, no cuando alguien dice que los ha visto, sino cuando oímos hablar o leemos sobre ellos... y nos creemos la historia. El milagro tiene lugar en la mente del creyente. Ése es el milagro”, K. Hopkins, *A World Full of Gods* (London 1999) 298. La importancia de los milagros durante el Principado se muestra claramente en el conflicto entre paganos y cristianos en torno a ellos; véase el trabajo fundamental de H. Remus, *Pagan-Christian Conflict over Miracle in the Second Century* (Philadelphia 1983).

cipado¹⁴; reproducen sus acciones generando historias fabulosas que afirmaban la primacía de los Césares. Y no se trata, tampoco, de una copia de la forma de representación de los personajes carismáticos por parte de los gobernantes; Jesús no copió burdamente a Augusto ni viceversa: más bien la mitología de ambos personajes se modeló en función de unos parámetros preexistentes, una semántica común con la que se expresaba la divinidad de este tipo de hombres¹⁵. La relación entre cada uno de estos personajes trascendentes no se define correctamente con el término “préstamo”; últimamente se ha sugerido su sustitución, en mi opinión acertada, por el concepto de “transferencias”. Éste define mejor la complejidad del proceso de contacto, así como la existencia de un sustrato cultural anterior del que se nutren todos los hombres divinos¹⁶. La transferencia entre una y otra construcción mitológica provoca, pues, la cercanía entre Jesús y Augusto, entre Mani y Apolonio¹⁷; sin que necesariamente el jefe del Estado copie al Nazareno, ni el sanador al gnóstico¹⁸.

¹⁴ Sobre los “hombres divinos”, véase principalmente: L. Bieler, *THEIOS ANER: Das Bild des “Göttlichen Menschen” in Spätantike und Frühchristentum* (Wien 1935-1936, r. Darmstadt 1967); P. Brown, “The Rise and Function of the Holy Man in Antiquity”, *JRS* 61(1971) 80-101, y M. J. Hidalgo, “Hombres divinos: De la dependencia religiosa a la autoridad política”, *Arys* 4 (2001) 211-230.

¹⁵ Las concomitancias entre los “hombres divinos” han sido magistralmente confrontadas en J. Z. Smith, *Map is not Territory. Studies in the History of Religions* (Leiden 1978) 196 y ss.

¹⁶ El sustrato común al que se hace referencia también estuvo presente en otros géneros como la novelas greco-romanas; véase: M. J. Hidalgo, “Los oráculos y los sueños-visiones como vehículos de salvación en las novelas greco-romanas”, J. Alvar, C. Blánquez, C. G. Wagner (eds.), *Héroes, semidioses y daimones* (Madrid 1992) 175-204.

¹⁷ Véase A. Bernabé Pajares, *Vida de Apolonio de Tiana* (Madrid 1992) 7-54 para una introducción a la *Vida de Apolonio de Tiana* de Filóstrato. Sobre Filóstrato, véase recientemente: A. Billault, *L’Univers de Philostrate* (Bruxelles 2000).

¹⁸ Mis reflexiones con respecto al contacto cultural entre emperadores y hombres divinos se fundamentan en las conclusiones de J. Alvar, *Los Misterios. Religiones “orientales” en el Imperio Romano* (Barcelona 2001) sobre la relación entre los cultos místéricos y el cristianismo (véase en esp. cap. V. apart. 5: *Los misterios y el cristianismo: del préstamo inverso a la comensalidad*). Las palabras con las que dicho autor cierra su libro son especialmente significativas: “No creo que el término que mejor describa la situación de este peculiar contacto religioso [entre cristianismo y misterios] que caracteriza al Imperio Romano sea el concepto de “préstamo” -independientemente de la dirección que cada cual quiera darle-, sino más bien el de “comensalidad” en el mismo pesebre en el que encontraban el alimento requerido para satisfacer a sus fieles y en el que vertían su propio nutriente ideológico [...] En realidad es a ese proceso al que dimos en llamar, con mayor formalidad, “transferencias” que se producían en el ambiente espiritual de unas condiciones históricas determinadas, es decir, el “pesebre” que permite superar plásticamente las relaciones de superioridad o hegemonía que se derivaban de toda la polémica, en gran medida falseada, sobre los préstamos. Al alimentarse en el mismo ambiente, los cultos de la época poseen concomitancias innegables, por más que algunos se empeñen en lo contrario, y flujos de transferencias en lo formal y en lo conceptual demasiado complejos como para quedar plasmados en un término transaccional límpido, como es el de préstamo. Éste requiere un culto predominante capaz de nutrir y un receptor que resignadamente acepta. El cariz del debate así establecido hacía inevitable ese fatal efecto de superioridad y humillación entre unos y

En su reciente estudio sobre los hombres divinos, Hopkins ha establecido 12 etapas que jalonan la vida mítica de estos personajes. En el cuadro 1 he comparado estos peldaños con las leyendas transmitidas por las fuentes sobre los emperadores. La columna de la izquierda incluye todos los elementos que pudieron constituir y conformar la trayectoria de los hombres divinos, tratándose, por lo tanto, de un listado amplio que recoge el conjunto de los pasos posibles. La vida de los personajes míticos no tuvo que incluirlos en su totalidad¹⁹.

Cuadro 1: El emperador y los hombres divinos.

MITOLOGÍA HOMBRES DIVINOS	MITOLOGÍA IMPERIAL
1.-Orígenes sobrenaturales o misteriosos.	1.-Orígenes sobrenaturales o misteriosos.
2.-Portentos durante el nacimiento.	2.-Portentos durante el nacimiento.
3.-Peligros durante la infancia.	
4.-Iniciación, revelación.	4.- Iniciación, revelación (p. ej. Vespasiano en Egipto).
5.-Viaje en busca de sabiduría.	5.- Viaje en busca de sabiduría (p. ej. Vespasiano en Egipto).
6.-Lucha con poderes demoníacos.	6.-Lucha con poderes demoníacos (Guerras civiles).
7.-Realización de milagros como curas, resurrecciones...	7.-Realización de milagros
8.-Virtud ética extrema y/o sabias máximas.	
9.-Enfrentamiento con autoridades conservadoras/represivas/civiles/religiosas.	
10.-Última escena dramática.	
11.-Muerte violenta, dramática.	
12.-Resurrección, ascensión, apariciones posteriores a la resurrección y el juicio de los muertos.	12.-Ascensión, apariciones posteriores a la muerte

otros cultos causante de una formidable corriente antagónica a la comparación como método de acceso al conocimiento". Véanse también las reflexiones de K. Hopkins, *A World...*, 290 y ss.

¹⁹ Véase K. Hopkins, *A World...*, 271 y ss.

La confrontación de ambas columnas muestra que la vida mítica de los Augustos se diferenció del modelo principal establecido por Hopkins en una característica básica: la falta de subversividad. La mitología imperial sustenta el *status quo* social, mientras que la mayor parte de los hombres divinos se oponen a él. La diferencia principal no estriba, por lo tanto, en la forma en la que se construyen los mitos, sino en el mensaje que transmiten las historias. Así, mientras las enseñanzas de Mani y Jesús defienden el cambio en las relaciones sociales, la transformación en las estructuras de poder y, en definitiva, la subversión de los sistemas imperiales romano y persa; las leyendas relativas a los Césares crean una fachada sobrenatural para los gobernantes que los sitúa en una posición aventajada para defender la realidad social, política y económica que los otros hombres divinos querían derribar. Ambos tipos de hombres sagrados se sustentan, pues, sobre bases culturales similares. Las ropas empleadas para envolver en un aura de divinidad a estos individuos superiores son las mismas, aunque las deidades resultantes transmitiera un mensaje distinto y en muchas ocasiones contrapuesto²⁰.

²⁰ Por otra parte, es importante notar que, en estrecha relación con la falta de subversividad, los emperadores del Principado no son utilizados para crear nuevas religiones, como Mani o Jesús, sino que se emplean para sustentar el sistema politeísta existente. Sin pretender agotar aquí la cuestión, para la oposición a Roma, véase por conveniencia: R. MacMullen, *Enemies of the Roman Order: Treason, Unrest, and Alienation in the Empire* (Cambridge Mass. 1967).